

bordada de oro, la joven condesa servía de modelo para su retrato.

Estaba en un «deshabillé» algo libre, hábilmente escogido para hacer resaltar la finura y el rosado de su cutis y mostrar sus encantos con algo de exceso. Sus largos cabellos castaños caían en locos rizos sobre sus dos hombros, y un pequeño ramo de pequeñas rosas blancas y encarnadas, colocado sobre la oreja, aumentaba lo excitante de la belleza de la condesa, belleza hecha para hablar más á los sentidos que al alma.

Juana entró y la condesa se levantó y salió á recibirla con suma gracia; pero no fué bastante hábil para disimular el despecho que le causaba esta visita.

Juana, al ver lo libre de su traje, se sorprendió en extremo, hallando que su vecina carecía de pudor al mostrarse así; pero adivinó que aquellas eran las armas que quería emplear para cautivar el corazón del pintor, y comprendió que la condesita estaba ciegamente enamorada de Leonardo.

Este recibió á Juana afectuosamente y pareció alegrarse de su venida.

Hablaron del retrato, que aun apenas esbozado, demostraba ya que sería una obra de arte.

Juana cumplimentó por ello á Leonardo, el cual dijo que con un modelo tan idealmente bello, la copia sería siempre inferior al original.

Esta frase hizo daño á la joven, y se dijo:

—¡También él la ama!... ¡ya no soy nada para él!

A pesar de sus esfuerzos, no pudo dominar su tristeza, y pretextó una fuerte jaqueca.

El artista dejó sus pinceles, prometiéndose hacer más larga la sesión del día siguiente y se despidió de su modelo, besándola galantemente la mano.

Juana y Leonardo montaron en el cupé que tomó por una de las calle de árboles que precedían al castillo de Meroise.

Los últimos rayos de sol acariciaban el follaje dándole más brillantes tintas: la noche se acercaba, la brisa se embalsamaba con el aroma que se desprendía de los tomillos y madre-selvas, y los pájaros recogidos en los

árboles gorjeaban amorosamente el canto de aquella noche tan llena de promesas.

Juana, recostada en un rinón del cupé, respiraba el aire á plenos pulmones y se callaba.

—¿Sufrió, Juana?—le dijo Leonardo queriéndose apoderar de una de sus manos.

—Sí, mucho—respondió, y retiró su mano.

—Pero ¿qué tenéis, amada Juana? Se diría que estáis incomodada conmigo, que no amáis á vuestro hermano.

Si antes la palabra «hermana» causaba un efecto doloroso en el corazón del joven, hoy la palabra «hermano» hacía una impresión desagradable sobre el de Juana, y respondió:

—¿Y qué os importa ahora que vuestra hermana os ame ó no os ame? Leonardo, sorprendido, fijó sus grandes ojos negros sobre los de la joven;

ésta separó los suyos, pero no bastante pronto para que él no pudiese percibir que estaban llenos de lágrimas.

Pasó su brazo alrededor de la cintura y la atrajo hacia él; ella se prestó como siempre de buena gracia y apoyó la cabeza sobre su hombro, ocultando el rostro.

—Juana, mi buena Juana, lloráis y yo soy quien hace correr vuestras lágrimas; yo, que e-daría mi vida con alegría para evitáros el más ligero disgusto.

Ella alzó la cabeza, y mirándole con aire severo le

dijo:

—¿Y qué daríais para evitar uno á la condesa? Vuestra alma, sin duda, porque la amáis mucho más que á mí.

Un estremecimiento de amor inefable agitó todo el cuerpo de Leonardo, la sangre afluyó á su corazón y coloreó su rostro con un fuerte tono purpúreo.

Loco de felicidad, embriagado de amor, lo olvidó todo, á su hermano y sus deberes de hombre honrado; sólo le dominaba un pensamiento: la mujer que adoraba hacía un año... le amaba con igual amor que el suyo.

La estrechó contra su corazón, y en su delirio, llorando y riendo de alegría, le dijo:

(Continuará)

